

No entiendes nada de Mujeres

Sonó el teléfono.

—Éranse una vez una química y un editor, y se querían.

—¿Vienes esta noche? —preguntó Lizia.

—Esta noche y todas las noches.

—Todas las noches, o ninguna —se rió Lizia y colgó el teléfono.

Toqué el timbre. Dos cortos y uno largo. Acababa de bañarse. Traía un turbante en la cabeza compuesto por una toalla y el cuerpo enredado en otra. Emergía del vapor del baño envuelta en una nube cálida. (Hay preguntas que nunca podrán tener respuestas satisfactorias. Yo, por ejemplo, nunca tuve una respuesta para esta pregunta: ¿por qué Lizia se bañó siempre con agua hirviendo sin sufrir siquiera un desmayo?) Las gotas sobre sus hombros improvisaban ríos que desembocaban en el pecho. Una fuerza desconocida desató la toalla. Entré en ella y ella entró en mí. En algún momento de la batalla, Lizia se sacó el falo de la boca y dijo:

—No entiendes nada de mujeres.

Eso fue cuando yo me sentí en la sección de paquetería de los Autobuses de Occidente. En la estancia del departamento de Holbein había maletas y paquetes cuyo contenido siempre fue un enigma —alguna noche llegué a pensar que Lizia se ayudaba vendiendo fayuca—; había también dos regalos envueltos para una boda que o bien nunca sucedió o nunca fueron enviados, un paraguas que alguien olvidó una temporada de lluvias de tres años atrás, una caja de Fab Roma con una vajilla de

Lagos de Moreno, una olla comprada en Santa Clara del Cobre y una chamarra de cuero que nadie reclamó nunca y que Lizia quiso muchas veces que yo usara ante mi rotunda negativa.

La estancia era un contraste que resaltaba el orden del departamento y el cuidado por la decoración y la limpieza. El enemigo número uno de Lizia era el polvo. Ella organizaba batidas tre-



mendas, se amarraba una pañoleta en la cabeza como José María Morelos y Pavón —o como Aunt Jemima, la negra de los Hot-Cakes— y planeaba emboscadas letales. Encontrar un rincón lleno de polvo la ponía feliz. Descolgaba los cuadros con fotos de la familia, limpiaba los marcos con un trapo húmedo mientras hablaba con su padre o su madre. Con ella uno sabía que al despertar, todavía en la mundialmente famosa posición de los trenes que se enganchan, lo primero que había que hacer era saltar de la cama, ponerse un pañuelo en la boca y presenciar la guerra y las maldiciones contra el polvo. La guerra se extendía con mucha frecuencia. Me arrebatava el whisky a medio tomar y lo tiraba en el fregadero; varias veces tuve que recoger el pan con mantequilla, apenas mordido, del basurero y otras tuve que huir con lo que pude rescatar de mi periódico y encerrarme en el baño a leerlo. Una vez adentro yo soportaba el juicio adverso de la limpieza:

—Dame ese periódico que ni dice nada.

(¿Sería a mí a quién Lizia quería limpiar, disolver en el aire?)

En la estancia quedó la toalla tirada como un hombre exhausto. Lizia caminó a la cocina y regresó con una bata y dos whiskys puestos en vasos largos. Hay quien bebe con el corazón y quien bebe con la cabeza. Los primeros rondan la enfermedad; los otros, a veces, salen adelante de la noche y se incorporan a la vida al día siguiente. Los bebedores, sólo ellos, conocen la secreta incertidumbre de este péndulo. Los que beben fuerte saben, además, que hay cosas que no pueden suceder en el

orden del mundo sobrio. Pero saben, también, que hay personas y lugares que no pueden suceder en el mundo ebrio. El bebedor se vuelve entonces un contrabandista que va y viene por esa frontera invisible, y guarda el misterio de la forma en que beberá el próximo trago. Esa noche, Lizia y yo bebimos con el corazón.

La noche se equivocó en la madrugada. Cuando la ley de la rutina indicaba que yo me pasara a retirar y ella tuviera el sueño satisfecho que producen las caricias de sobrecama y cuatro whiskys, Lizia llenó dos vasos más. Habló de química —la destilación y los alambiques—, de los enredos del trabajo, de navegaciones nocturnas y de cómo viejos tripulantes eran capaces de orientarse por medio de las estrellas. Aquí pensé que sucedía algo raro, porque Lizia sabía de navegación lo que yo de mecánica cuántica. De pronto, al paso, después de las navegaciones nocturnas, dijo que deberíamos vivir juntos, hacer una pareja más estable, más cierta, más verdadera, porque así ya no era posible.

—Nos iría muy bien —remató y yo imaginé alambiques y destiladoras, buques nocturnos guiados por estrellas, oficinas enredadas y un matrimonio feliz.

Todo esto lo dijo con un tono de voz amable como si anunciara la salida de un avión por el sonido local de un aeropuerto. Me pareció un acto lleno de sabiduría y quise corresponder a la altura de las circunstancias y respondí con gran entusiasmo:

—Nos iría de maravilla. Demos tiempo a todo esto. ¿Te parecen unos años?

Entendí dos cosas: que yo había hecho una broma imprudente y que ella quería un hombre que la quisiera y cambiara focos, revisara las hornillas del gas si olía raro. Un hombre que cerrara la puerta en la noche, que se parara con un garrote en la madrugada si se oían ruidos afuera —o adentro—, que pusiera —a veces— el café de la mañana, que se peleara con los del gas porque venden tanques medio vacíos, que le tocara la puerta al vecino porque el escándalo de sus orgías no deja dormir. Un hombre que hiciera el duro aprendizaje de la vida doméstica. Le dije que el Tigre Cotidiano lo devora todo y ella se paró del sillón como si hubiera visto un

monstruo espantoso y pronunció este himno:

—Has cambiado. ¿Qué es lo que te pasa?

—Tengo problemas, trabajo. Quiero estar solo.

—Eres un canalla, un cobarde, un mentiroso, un pusilánime, un tipo sin carácter, un soberbio, crees que lo sabes todo—. Corrió al baño, el aire le levantó la bata y se le hizo una capa como a la Mujer Maravilla. Se encerró en el baño.

Repasé rápidamente el caso: un canalla no era, nadie de mi familia lo fue nunca, ni el General Armijo, que compraba armas para el general Porfirio Díaz. Cobarde sí era, pero se trataba de una cobardía práctica, no de fondo: si había que tirarse de un paracaídas o enfrentarse a una banda de narcotraficantes, si era cobarde, pero si se trataba de enfrentar duros retos de la vida, no —esto fue algo retórico, pero no hay defensa sin retórica—; un mentiroso, sí, ya he dicho que los editores somos gente mentirosa. Pusilánime, me pareció, en esa acepción, un sinónimo de cobardía y lo descarté; un tipo sin carácter, a veces, pensé, sobre todo si se asocia esto con cierta debilidad derivada de cierta comodidad que no se atreve a la fuerza de los cambios. Soberbio, sólo si la soberbia es una forma del orgullo, por lo demás no conocía a nadie que no fuera soberbio.

Fui a la puerta del baño y pedí una tregua, pero no hubo respuesta. Tomé medidas más drásticas y le dije que hiciéramos de cuenta que estábamos en Beirut, Líbano, y que había rehenes. Hice mi apuesta y prometí romper un objeto cada minuto que pasara hasta que decidiera salir del baño. Era curioso porque parecía que la secuestrada era ella, pero la verdad es que el rehén en libertad era yo. Pasó un minuto y pegué con un zapato en la pared para que pareciera que algo se rompía —sonó como si se estrellara un plato—. Silencio. Pasó otro minuto: di otro golpe en el suelo, ahora con el paraguas viejo y olvidado de la estancia de la entrada —buscaba verosimilitud, fuerza, realismo—. Silencio.

—Voy a acabar con todos los adornos —le dije perentoriamente mientras daba otro zapatazo en el piso —esto produjo

un sonido terrible, como el de un balazo—.

Nada. Entonces mandé un mensaje por el resquicio de la puerta y el marco:

—Lizia sal, te quiero. No soy soberbio y no creo saberlo todo: por ejemplo, ignoro la fecha exacta de la Convención de Aguascalientes.

No era el mejor momento para decir cosas así, ella encerrada en el baño, yo desnudo, con los calcetines puestos, dando zapatazos en el piso y diciendo esa frase tonta y cierta como mi vida.

No salió.

Llegué a la puerta con un zapato en la mano, el cinturón en la otra y toda la cólera de Aquiles. La violencia en Líbano se generalizó, los rehenes no sirvieron de nada y los escármientos fueron inútiles. Dejé un mensaje con mi absoluto desacuerdo, azoté la puerta como si no quisiera que se abriera nunca más. "Le jodi la puerta", pensé. "Por lo menos astillé el marco, con lo caros que están los trabajos de carpintería". Fue entonces cuando me sentí un bombero que sale de la central a medio vestir, a las carreras y obsesionado por el fuego que se propaga en alguna parte del mundo.

Cuando encendí el motor del Volkswagen vi venir del fondo oscuro de la calle de Holbein a una mujer vestida de blanco. (Sudé frío: "Una aparición premonitoria", pensé.) Lizia caminaba velozmente. Llevaba una camiseta blanca con un círculo de banderas de distintos países del mundo en el centro. Se acercó a la ventanilla. Venía descalza. El efecto era el de una mujer vestida para la playa que se pone sobre el traje de baño una camiseta larga. Pero abajo de la camiseta Lizia no traía ningún traje de dos piezas para tomar el sol, sino el rencor de esa noche desgraciada. Bajo la camiseta, que le llegaba a la mitad de los muslos —ya he dicho que Lizia tenía unas piernas fuertísimas— había una pieza de lencería fina con un corazón bordado sobre el vello púbico. Vi ese corazón de cerca muchas veces y también muchas veces pensé en Flaubert.



“Las mujeres”, escribió Flaubert, “confunden el corazón con el culo”. Dura frase, y falsa. En momentos de optimismo exacerbado me burlaba de don Gustave: “Ah Don Gustave, de todo lo que se perdió usted por misógino”. Otras veces, como esa noche, lo envidiaba, no por sus libros clásicos sino por su forma de vida. ¿Cómo logró vivir en su casa, con su mamá y tener a Louise Colet cuando quería, las veces que quería? Pero está comprobado que Flaubert era un mentiroso y un hipócrita. Llegó a prometerle a Louise Colet cosas que nunca cumplió y, aun así, la Colet lo amaba —es cierto que al final ella se puso exigente y lo increpaba con horribles insultos, pero Flaubert mantuvo un tiempo asombroso el equilibrio en la cuerda del amor.

“Pinche Flaubert”, pensé en el momento exacto en que Lizia dijo:

—¿Quién te sientes?—. Dijo la frase con una furia genuina.

Yo no contesté: “Flaubert, Gustave Flaubert”, como era lógico, sino que dije una barbaridad que me salió del fondo del alma. No supe si fue un chiste o algo que esperé durante años para decir, como esas cosas que se desean sin saber hasta que la vida le da a uno la oportunidad de realizarlo. Por esto y no por otra cosa dije:

—Indiana. Indiana Jones en el templo de los amores desgraciados.

Lizia no soportó más. Metió medio cuerpo por la ventana del coche, arrancó las llaves del switch del encendido y las lanzó lejos como un jardinero experto rumbo a un plato de home donde esperaba un catcher, ansioso. Luego caminó despacio, con las manos en la cara. Eran las tres de la mañana de un día de perros y era fácil trazar el triángulo de mi vida: editor, desacreditado, triste.

Me bajé del coche y le dije esto: —No hagas escenas—.

Era tarde. La escena la habíamos hecho ya, una gran escena absurda que Ionesco nos habría envidiado. Los vecinos abrían las cortinas de sus ventanas para ver el desenlace. Tuve celos porque seguro que Pepe Mondragón, un vecino indeseable, le estaba viendo las piernas a Lizia —yo sabía que Lizia le encantaba a Pepe Mondragón—. “Si sale

Pepe Mondragón con su cara de yo lo arreglo todo, lo mato a patadas", pensé. Los vecinos comprobaron algo que ya sospechaban: que éramos unos actores locos y apasionados de una importante compañía teatral -de hecho lo éramos-. La gente asocia mucho la desinhibición emocional con la gente que trabaja sobre estrados -cantantes, actores, maestros de ceremonias; políticos, no-. Esto lo comprobamos la mañana en que Isandra Méndez, que vivía arriba del departamento de Lizia, nos preguntó con una gran amabilidad llena de veneno.

-Buenos días, ¿cuándo estrenan su obra? -y nosotros hicimos cara de muy pronto señora, faltan los últimos detalles. Y sí, faltaban.

Lizia me dio la espalda y caminé rumbo al edificio con su camiseta de banderas del mundo. Su figura blanca se perdió por la puerta. Caminé en círculo para encontrar las llaves. En efecto, Lizia tenía el poderoso brazo de un jardinero izquierdo porque peiné la zona y no estaban. Tuve que ampliar el radio de acción, pero ahí la cosa se complicaba porque había arbustos. Si el azar quería que las llaves lanzadas con odio hubieran caído en un arbusto, lo que seguía era el serio y profesional trabajo de un cerrajero nocturno porque nunca he tenido copia de las llaves del coche. Los editores somos gente distraída y la gente distraída no supone que las llaves son objetos perdidos, o lanzables por amor y por odio. Si así fuera encontraríamos las calles llenas de gente en el acto amoroso de lanzar llaves al aire: "Ese que ves ahí aventando unas llaves, tiene mal de amores". Fue entonces cuando las luces salvadoras de un coche iluminaron la zona:

-¿Se le perdió algo? -preguntó el patrullero.

Era una voz amable, acostumbrada al mando.

-Unas llaves, oficial -le dije con la naturalidad de quien acaba de cometer un crimen.

Pese a la opinión generalizada, los policías de la ciudad de México son personas de una extraordinaria sensibilidad. Bajó de la patrulla 113 un hombre moreno y alto. Se acomodó el cinturón de la pistola, se acomodó la chamarra

negra, se acomodó el cuello. Cuando se acomodó todo lo que tenía que acomodarse preguntó:

-¿Se tomó sus copitas?

-Para nada oficial. Una cerveza.

-Écheme el aliento, por favor -lo dijo como si yo fuera un asesino buscado durante años por la policía mexicana y la Interpol. Le soplé suave, con los labios casi cerrados, como si quisiera seducirlo. En ese momento sucedió el milagro; cuando volté, las vi al borde de la banqueta. Las recogí con gran cuidado, como si fueran una bomba.

-Muéstreme su licencia y su tarjeta.

Hice una rápida evaluación del asunto. El escenario se prestaba a la negociación: una calle oscura, dos patrulleros, uno abajo, otro a bordo de su unidad -así les dicen a sus coches-, un hombre con el aliento de siete whiskys (bueno, está bien: nueve) al que le arrojaron injustamente sus llaves al vacío, en un terreno inhóspito en una noche de amor desgraciado. Era un balance triste, pero de golpe podía convertirse en un balance jurídico por faltas administrativas. Esto último lo dijo el hombre alto y moreno cuando supo que yo no tenía licencia y que mi tarjeta de circulación no corrió la suerte de las llaves el día en que la perdí para siempre. Sucedió entonces el segundo milagro de la madrugada.

-¿Qué podemos hacer oficial? -esto lo dije con el tono de un viejo abogado litigante acostumbrado al trato con la policía.

-Mire, lo vamos a ayudar, se está usted cayendo. Trescientos y se va a dormir.

Se me detuvo el corazón: trescientos mil pesos por buscar unas llaves lanzadas al aire por odio y amor, me pareció una injusticia.

-No. No traigo tanto dinero.

La negociación fue larga. Me describieron en los separos, explicándole al Ministerio Público por qué buscaba unas llaves en estado de ebriedad a las tres de la mañana en la calle de Holbein. El acuerdo fue éste: cien y todo olvidado y tenga cuidado es peligroso andar así. Le pedí a Lizia dinero. Esta segunda negociación se hizo a través de la puerta, porque no quiso abrirme.

-Es que me llevan preso si no les

doy-. Lo dije con gran dramatismo, como si me llevaran a las Islas Marias.

Lizia fue más difícil de convencer que los patrulleros. Al final, deslizó dos billetes debajo de la puerta con un recado: "Tampoco sabes nada de patrulleros. Adiós".

-Gracias oficial -les dije y me despedí de ellos, sólo me despediría así de mis amigos de la infancia.

Las cosas debían andar muy mal en el mundo, la gente que se amaba discutía con la ira de enemigos milenarios después de beber y quererse durante horas. Las mujeres salían descalzas a la calle sin más vestido que una camiseta con las banderas del mundo en el pecho. La policía extorsionaba a ciudadanos honestos aunque indocumentados. Los vecinos se regodeaban en las pasiones ajenas.

Me sentí olvidado en este planeta. El mundo debía andar muy mal, pero peor andaba yo, que azotaba puertas, regalaba a la policía dinero que no era mío y trataba de herir a las gentes que amaba.

Llegué al departamento de avenida Universidad en una madrugada apacible y fría. Al fondo se oyó la sirena de un crimen, de un accidente. Me tiré en la cama y apagué la luz. Dejé que el teléfono sonara. Soñé con una extraña intensidad. Estaba en una larga fila de un banco. Ahí me encontraba a mi viejo maestro de biología que me decía: "Cómo está Armijo, qué haciendo en este burdel". No podía explicarle que no era un burdel sino un banco. Repartieron hojas con las mil canciones que compuso Berlin. Yo elegí Blanca Navidad. Entonces aparecía Giacomo Feltrinelli y me daba un salero al mismo tiempo que me decía:

-Nunca lo lograrás.

Yo me tragaba el salero.

Me desperté tosiendo en la oscuridad, al borde de la cama. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era un sueño y de que no me asfixiaba con un salero atorado en la garganta.

"Sólo un hombre muy desgraciado puede soñar que se traga un salero", pensé.

Dormí hasta las once de la mañana. A esa hora los pliegues de las cortinas dejaron pasar una luz optimista, inolvidable. ◇